

# AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



7  
2006

# AQVILA LEGIONIS

Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano



## CONSEJO DE REDACCIÓN - EDITORIAL COMMITTEE - CONSEIL DE LECTURE

En orden alfabético - In alphabetical order - Par ordre alphabétique

Prof. Dr. Gonzalo BRAVO (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Antonio CABALLOS (Universidad de Sevilla) — Prof. Dr. José Joaquín CAEROLS PÉREZ (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. José d'ENCARNAÇÃO (Universidade de Coimbra) — Prof. Dr. Joaquín GÓMEZ-PANTOJA (Universidad de Alcalá) — Prof. Dr. Cristóbal GONZÁLEZ ROMÁN (Universidad de Granada) — Prof. Dr. Enrique GOZALBES CRAVIOTO (Universidad de Castilla-La Mancha; Cuenca) — Prof<sup>a</sup>. Dr<sup>a</sup>. Christine HAMDOUNE (Université de Montpellier) — Prof. Dr. Yann LE BOHEC (Paris, Sorbonne IV) — Prof. Dr. Patrick LE ROUX (Université Paris XIII) — Prof. Dr. Jerzy LINDERSKI (Dept. of Classics, University of North Carolina, Chapel Hill) — Prof. Dr. Julio MANGAS (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Ángel MORILLO (Universidad de León) — Prof. Dr. José Manuel ROLDÁN (Universidad Complutense de Madrid) — Prof. Dr. Narciso SANTOS YANGUAS (Universidad de Oviedo)

### CONSULTORES DE ARQUEOLOGÍA MILITAR:

Prof. Dr. Cesáreo PÉREZ (Universidad SEK, Segovia) — Prof. Emilio ILLARREGUI (Universidad SEK, Segovia)

### CONSULTOR DE ARMAMENTO:

Prof. Dr. Fernando QUESADA (Universidad Autónoma de Madrid)

### CONSULTOR DE ARTE MILITAR ANTIGUO:

Prof. Dr. J. Jacobo STORCH (Universidad Complutense de Madrid)

**DIRIGE:** Prof. Dr. Sabino PEREA YÉBENES (Universidad de Murcia)



© SIGNIFER LIBROS  
Apdo. 52005 - MADRID (ESPAÑA - SPAIN)  
ISSN: 1578-1518  
Dep.Legal: BA-360-01 (nºs 1-6) / S-1646-06 (nºs 7 ss.)  
mail: correo@signiferlibros.com      correo@aquila-legionis.com  
web: http://signiferlibros.com      http://aquila-legionis.com

**Madrid (España - Spain - Espagne)**

# AQVILA LEGIONIS

7

2006

## ARTÍCULOS :

- Fernando FERNÁNDEZ PALACIOS:** Preludios de una conquista:  
el emperador Claudio y las Islas Orcadas ..... 7-25
- Enrique GOZALBES CRAVIOTO :** Las tropas romanas en la conquista  
de las *Mauretaniae* ..... 27-44
- Christine HAMDOUNE :** Les légionnaires de la Troisième légion  
Auguste à Theveste ..... 45-64
- Sabino PEREA YÉBENES :** Documentación del *exercitus hispanicus*:  
soldados y oficiales de alas y cohortes con etnónimo hispano en inscrip-  
ciones y papiros griegos. Prosopografía ..... 65-108
- Narciso SANTOS YANGUAS :** La crisis del 68-69 y la reorganización  
definitiva del ejército romano de ocupación en territorio de los astures ... 109-128

## HISTORIOGRAFÍA :

- **Julio CARO BAROJA :** Interpretaciones de la Guerra de Numancia ... 129-150

## CRÍTICA DE LIBROS - REVIEWS :

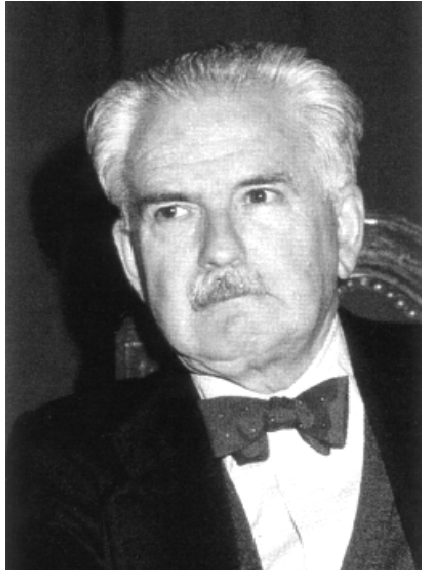
Gloria ANDRÉS HURTADO: *Una aproximación a la religión del ejército romano imperial: Hispania*. (R. González Salinero) (p. 151-156) — Javier ARCE: *Bárbaros y romanos en Hispania (400 – 507 A. D.)* (L. Tomás Navarro) (p. 156-162) — Patricia-Anne BAKER: *Medical care for the Roman Army on the Rhin, Danube and British Frontiers in the First, Second and Early Third Centuries AD*. (M. López Pérez) (p. 163-166) — Adrian GOLDSWORTHY: *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas* (L. Amela Valverde) (p. 166-169) — Karl CHRIST, *Anibal*. (R. González Salinero) (p. 169-173) — Julio RODRÍGUEZ GONZÁLEZ: *Diccionario de batallas de la Historia de Roma (753 a.C. - 476 d.C.)* (L. Amela Valverde) (p. 174-175) — Sexto Julio FRONTINO: *Los cuatro libros de los enxemplos, consejos y avisos de la guerra (Strategemmaton)* (S. Perea Yébenes) (p. 175-178) — Flavio VEGECIO RENATO: *El arte de la guerra romana* (J. A. Zapata Parra) (p. 178-180) — VEGÉCIO: *Tratado de Ciência Militar* (por S. Perea Yébenes) (p. 181-182).

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA ..... 183-188



**INTERPRETACIONES  
DE LA GUERRA DE NUMANCIA\***

**Julio Caro Baroja**  
(1914 - 1995)



- I. SOBRE ALGUNOS RASGOS DE LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA
- II. NUMANCIA, SUS EXCAVADORES E HISTORIADORES
- III. SALVAJISMO, BARBARIE Y CIVILIZACIÓN COMO CONCEPTOS HISTÓRICO-CULTURALES
- IV. LOS BÁRBAROS SEGÚN EL CONCEPTO DE GRIEGOS Y ROMANOS
- V. NUMANCIA «BÁRBARA» FRENTE A ROMA «CIVILIZADA»
- VI. MORAL, «BÁRBARA», MORAL «CIVILIZADA»
- VII. TEORÍA QUE JUSTIFICA EL EXTERMINIO DE LOS BÁRBAROS, SEGÚN CICERÓN
- VIII. LA TEORÍA PLATÓNICA SOBRE EL MISMO TEMA
- IX. CONTRADICCIONES POSTERIORES
- X. LA POSICIÓN PATRIÓTICA Y EMOTIVA ESPAÑOLA ANTE LA GESTA DE NUMANCIA

---

\* Discurso leído el día 24 de febrero de 1968 en el Instituto de España por el excelentísimo señor D. Julio Caro Baroja, Numerario de la Real Academia de la Historia. Madrid 1968.

*«Numantia quantum Carthaginis, Capuae, Corinthi opibus inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summumque, si vero aestimes, Hispaniae decus»* Floro, 1, 34, 1 (11, 18, 1).

I

SEÑORAS Y SEÑORES:

Los pueblos de la Antigüedad nos han dejado grandes historias escritas. Los hebreos, una en la que el elemento religioso prima sobre cualquier otro. La «Historia Sagrada» por excelencia. Los romanos, varias, debidas a autores conocidos, en las que se observa la preocupación cardinal por los problemas que plantean la constitución del Estado y la Moral pública. Los que desde un punto de vista intelectual llegaron a obtener mayor variedad de resultados fueron, sin duda, los griegos. Porque para ellos esta disciplina fue, ante todo, investigación, exploración, información sobre los hechos de los hombres en general: el resultado de estas actividades, y, en última instancia, la relación, verbal o escrita, de lo que se había averiguado. Para el griego, la Historia es una acción del entendimiento expresada por el verbo ἱστορέω. Una acción compleja, en que se ponen a contribución muchos saberes y experiencias. Los griegos superan, así, desde el punto de vista filosófico, no sólo a los israelitas anteriores, sino también a los romanos, posteriores en el tiempo. En la Historia del pueblo de Israel hay una parte, relativa a sus orígenes, que choca a los orientalistas modernos por lo bien que encaja con testimonios dejados por otros pueblos; incluso con testimonios más antiguos. Pero no faltan en ella inseguridades de detalle. La Historia de los orígenes del pueblo romano es, por una parte, mítica y apologética, e insegura por otra. En ella lo verosímil, lo que tiende a idealizar a las personas y a las sociedades (aquel ingrediente que hace a los buenos más buenos y a los malos más malos), lo que da brillo y lustre a la narración, lo que la perfila y deja como a cuadro recién pintado y barnizado, domina sobre lo verdadero. Lo verdadero es siempre menos perfecto desde el punto de vista estético y retórico; es decir, de la persuasión. Las acciones de los hombres no son tan maravillosas, elegantes o magníficas como nos las presentan las historias antiguas, los viejos historiadores apologéticos. Esto lo sabemos desde hace tiempo. Pero también pasaron las épocas en que los investigadores hipercríticos hacían gala de incredulidad ante las leyendas e

historias fabulosas. La fábula apologética tiene su razón, la leyenda exaltadora debe ser analizada. Algo saldrá de su análisis. Y, en cambio, una cantidad considerable de teorías e interpretaciones de la Historia, que los mismos críticos o hipercríticos consideraron, en un tiempo, como fruto de su ciencia pura y objetiva, pueden parecer hoy más que discutibles, y los datos que les dieron ser han de someterse a nuevos exámenes y estimaciones o valoraciones. Gran tristeza nos produce repasar obras que al aparecer, hace no más de cincuenta años, dieron la sensación de brillantes y lustrosas. Ellas también-como las personas-se marchitaron. Ellas también presentan las tristes arrugas de la vejez. Pero volvamos mucho más atrás.

Mintieron, sin duda, algunos historiadores antiguos con cierta conciencia de lo que hacían. Otros sin ella; de modo involuntario. No faltó quien lo hizo incluso de acuerdo con un sutil pensamiento salido de mente griega asimismo, según el cual lo verosímil, si es poético, es superior a lo verdadero<sup>1</sup>.

La memoria individual es débil. La que podríamos llamar colectiva acaso no lo sea, tanto, aunque esté más sometida a esta inclinación a sustituir lo verosímil por lo verdadero, a la que me he referido en último término.

## II

Vienen ahora a cuento las reflexiones anteriores, porque estamos en ocasión de rememorar un hecho histórico, no tanto olvidado como interpretado de maneras distintas y aun contradictorias en diferentes épocas y ocasiones. Aludo a la guerra de Numancia: guerra gloriosa, según la entendemos nosotros, los españoles actuales. Guerra vergonzosa, en parte, para los romanos, y de exterminio, según la concluyeron, por razones que vamos a examinar a continuación, razones que son las que un historiador moderno puede examinar siguiendo un criterio algo diferente al mantenido por los de generaciones anteriores.

Y no aludo ahora, precisamente, a quienes aquí se han ocupado de la gesta que conmemoramos. Tuvo ésta ya en el siglo XVI un hábil ilustrador en Ambrosio de Morales, al que siguieron en la reducción de Numancia al cerro de Garray, Mariana, el padre Flórez, Loperráez y otros eruditos. Pero al que le cupo la gloria de empezar de modo metódico los trabajos de excavación en la ciudad destruida muchos siglos atrás (dejando a un lado el peque o intento de Erro) fue al venerable y polifacético don Eduardo Saavedra, cuya memoria

---

<sup>1</sup> Aristóteles, *Rhet*, IX, 3. Véase antes IX, 1-2. Texto fundamental.

sobre ésta y otras tareas relacionadas con ella fue premiada por nuestra Academia en 1861<sup>2</sup>, y le abrió sus puertas.

Mucho después, las distintas fases de las guerras celtibéricas, y de modo muy especial la de Numancia, tuvieron un estudioso tenaz en la persona del profesor A. Schulten, acerca de cuyos méritos no he de hablaros con extensión. Schulten, discípulo de Wilamowitz, que alcanzó, por tanto, la época más brillante de la Filología clásica en Alemania, publicó una cantidad considerable de escritos sobre España Antigua, con las famosas *Fontes...* a la cabeza. Pero su nombre ha quedado asociado al de Numancia de modo más popular. Así como después el de otro arqueólogo, hijo de tierra numantina, don Blas Taracena, se asocia a una verdadera renovación de la Arqueología celtibérica. Permitid que rinda ahora mi humilde homenaje a la memoria del profesor Schulten<sup>3</sup> y a la de don Blas Taracena. Siendo joven, tuve una correspondencia bastante continuada con el primero (aunque no le llegué a tratar personalmente).

---

<sup>2</sup> *Descripción de la vía romana entre Uxana y Augustobriga*. Memoria premiada por la Real Academia de la Historia en el concurso de 186.1 y publicada en el tomo XI de sus *Memorias*. Véase también *Excavaciones de Numancia*. Memoria presentada al Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes por la Comisión Ejecutiva. Madrid, 1912, págs. I-IV, y las que siguen de la antigua Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades.

La opinión antigua se dividía entre los que creían que Numancia había estado en Zamora, en Zaragoza o en Soria. Todavía, en los comentarios a la *Vida, excelencias y muerte del gloriosísimo patriarca San Joseph*, del maestro Joseph de Valdivieso, debidos a don Diego Suárez de Figueroa, I (Madrid, 1730), página 306 (comentario a la estancia VI, del canto IV), se lee que Numancia «fue un pueblo de Aragón, que unos dicen que es la que hoy llamamos Zaragoza, y otros que fue Soria». Mucho antes, Garibay (*Los XL. Libros del Compendio Historial...*, I, Amberes, 1571, pág. 181, libro VI, cap. 11) localiza a Numancia en un collado pequeño, sobre el Ebro. Pero poco después (pág. 182) habla del Duero! Respecto a la localización en Zamora, discurre rectamente el padre Flórez (*España Sagrada*, VII, Madrid, 1890, págs. 282-285) para deshacer lo dicho y repetido desde el siglo XII. La localización en «Soria» se halla en obras como la *Población general de España* (Madrid, 1645, fol. 24 r), de Méndez Silva

<sup>3</sup> Al cumplirse los setenta años de la vida de Schulten, escribió don Luis Pericot *Adolfo Schulten, su vida y sus obras*, escrito que publicó como homenaje a su doctorado «honoris causa» la Universidad de Barcelona en los *Anales* (1940), y del que se hizo una tirada aparte. Allí están enumeradas todas sus obras (páginas 30-32), de 1890 a 1940. *Numantia. Eine topographisch historische Untersuchung* (Berlín, 1905), comienza la serie numantina. Su culminación en los cuatro volúmenes publicados de 1914 a 1931, por este orden: *Numantia, Die Ergebnisse des Ausgrabungen, 1905-1915*, I (Munich, 1914), III (Munich, 1927), IV (Munich, 1929) y II (Munich, 1931). A esto siguió la publicación de *Geschichte von Mumantia* (Munich, 1933), obra de la que hay traducción española, y el artículo de la enciclopedia de Pauly-Wissowa, 1936. Ahora hay una publicación de la que he tenido noticia demasiado tarde. La de Helmut Simon, «Roms Kriege in Spanien, 154-133 v. Chr.» (Francfort, 1962). El autor, muerto prematuramente, desconocía la bibliografía española casi por entero. Lo que dice de Numancia no me hubiera hecho cambiar mis observaciones.



A don Blas Taracena<sup>4</sup>, sí, le traté con asiduidad en un tiempo en que creí que iba a ser historiador de la Antigüedad e incluso arqueólogo. No he sido, al fin, ni una cosa ni otra. Pero siempre me ha quedado una curiosidad profunda por nuestro pasado protohistórico e histórico primitivo, y hoy hablo aquí porque se ha invocado esta razón, aunque lo haya de hacer desde un punto de vista que encaja más con mis quehaceres cotidianos actuales, de historiador social y de etnólogo (preocupado por ciertas cuestiones teóricas), que con las inquietudes de los arqueólogos e historiadores profesionales de la Antigüedad.

### III

En efecto, la guerra de Numancia y la posición de esta ciudad frente a Roma tienen un interés considerable para esclarecer algunos puntos esenciales en la teoría de la historia de la Cultura e incluso de la Antropología. Porque los textos que se refieren al conflicto nos ilustran, de modo fundamental, respecto al uso de dos palabras que se han utilizado en tiempos modernos con un sentido y que en tiempos antiguos se usaron de modo menos sustantivo y abstracto, aunque las acepciones modernas dependan de las antiguas. Aludo a las palabras «Barbarie» y «Civilización», de origen griego la primera, de origen latino la segunda, e incorporadas las dos a las lenguas modernas; con un uso general en ellas y con otro limitado a la Historia de la Cultura, o, por mejor decir, a la Antropología cultural como ciencia. En efecto, hace ya casi un centenar de años que L. H. Morgan (1818-1881), después de publicar varias obras excelentes de carácter monográfico, dio a luz su *Ancient Society*<sup>5</sup>, en la que trazaba un cuadro general de la evolución de la Cultura humana, marcando la existencia de tres

---

<sup>4</sup> Abrió la brecha, como quien dice, con su tesis doctoral, *La cerámica ibérica de Numancia* (Madrid, 1924). No habría que dejar de recordar tampoco en esta coyuntura el nombre del ilustre don José Ramón Mélida, al que, entre otros escritos se debe una *Excursión a Numancia pasando por Soria* (Madrid, 1922), y que excavó allí, con Taracena como segundo.

<sup>5</sup> Nueva York, 1877. Tiene muchas ediciones, incluso modernas. También hay traducción española, que no he tenido nunca a la vista.

Sobre Morgan, véase la semblanza de Robert H. Lowie, en su *Historia de la Etnología* (Méjico, 1946, págs. 72-87), mucho más matizada que otras anteriores, como, por ejemplo, la de A. C. Haddon, *History of Anthropology* (Londres, 1910, págs. 133-135). Críticas antievolucionistas en F. Graelmer, *Methode der Ethnologie* (Heidelberg, 1911, págs. 78-80). Mucho después, W. Schmidt, *Handbuch der methode der Kulturhistorischen Ethnologie* (Münster, 1937, págs. 9, 18, 67, 80), aunque hay más desarrollo en la obra del mismo, y W. Koppers, *Der Mensch aller Zeiten. Gesellschaft und Wirtschaft der Völker* (Regensburg, 1924, págs. 386-387, 398). Con respecto al uso del concepto de la palabra bárbaro en autores como A. P. Toynbee, véase Melville J. Herskovits, *Man and his works* (Nueva York, 1948, págs. 71-72). Este empleo parece más grosero y vulgar.

fases sucesivas, válidas para toda la superficie de la Tierra donde habiten hombres, a saber: la de Salvajismo, la de Barbarie y la de Civilización.

Cada una de estas fases la descomponía en estadios, que eran tres para la primera y otros tres para la segunda. En realidad, del período o fase de Civilización dijo menos. Posteriormente, el esquema de Morgan fue incorporado por Engels al cuerpo general de la doctrina marxista o del Materialismo histórico<sup>6</sup>, a la vez que era criticado en detalles o de un modo total, rotundo, por otros autores y, a veces, con muy buenas razones. Hay que confesarlo.

Pero he aquí que, en nuestra época, ha habido arqueólogos muy distinguidos, de orientación marxista también, como V. Gordon Childe, que lo dieron de nuevo por bueno, aunque con cambios sustanciales, para ordenar la inmensidad de datos históricos y arqueológicos acumulados durante esta centuria y parte de la anterior, respecto a las civilizaciones prehistóricas, protohistóricas y de los momentos más antiguos de la Historia<sup>7</sup>, de suerte que se puede hablar de la existencia de un movimiento neomorganiano y neoevolucionista, representado por Childe y por otros autores más jóvenes, no sólo prehistoriadores, sino también antropólogos. No es ésta la ocasión de discurrir sobre tal movimiento; pero sí he de recordar ahora que, según el mismo Morgan y sus primeros secuaces, *el estadio superior de la fase de Barbarie* estaba representado, entre otros pueblos, por los griegos de la época heroica, por los itálos anteriores a la fundación de Roma, por los germanos descritos por Tácito y por las *gentes* (antiguas) que, en general, conocían ya el arte de edificar ciudades o ciudadelas fortificadas y considerable número de técnicas que, en Europa, corresponden —en conjunto— al principio de la Edad de Hierro, y a algunas culturas anteriores a ella, de fuera de este continente, hemos de adir ahora. Porque de todos es sabido que grandes pueblos del Oriente Medio, que alcanzaron un grado complejo de civilización mucho antes de la primera Edad del Hierro, concretamente el egipcio, no llegaron a conocer el uso de aquel metal. Así se explica que Childe pusiera el estadio superior de la fase de Barbarie en la Edad del Cobre, y no después.

#### IV

---

<sup>6</sup> F. Engels, *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats* (Stuttgart, 1884).

<sup>7</sup> V. Gordon Childe, *What Happened in History* (Harmondsworth, 1950).

Gordon Childe consideraba que el estadio superior de Barbarie (Highter Barbarism) correspondía a la Edad del Cobre (op. cit., págs. 69-88), o sea, que su discrepancia con Morgan es tan grave, que le llevaría a poner fuera de aquella fase o período las edades del Bronce y del Hierro. Otros autores modernos, evolucionistas, como Leslie A. White, elogian el esfuerzo de Morgan (véase de éste *The science of Culture*, Nueva York, 1949, pág. 20).

Pero, en última instancia, aunque el esquema de Morgan, seguido por Engels, readaptado y modificado por Childe, etc., resulte difícil de aplicar a la Historia Antigua de modo categórico, por ser demasiado rígido y esquemático, no cabe duda de que la idea de la existencia de un tránsito de la «Barbarie» a la «Civilización» y la noción de que hay estadios culturales «bárbaros» y estadios «civilizados», son importantes desde un punto de vista concreto, dentro del Mundo Antiguo, para explicarse las ideas y actuaciones de los griegos primero, de los romanos después. Especularon los griegos en torno al concepto de «los bárbaros» (οἱ βάρβαροι), sobre todo a partir de la primera guerra médica, cuyo desencadenamiento sobreviene cuando los jonios sorprenden Sardes y Darío I resuelven vengarse, o antes, en tiempos del Imperio lídico. Pero las victorias obtenidas por los atenienses en la primera y en la segunda guerra médica, y aún después, les hicieron adquirir, sin duda, conciencia muy fuerte de su superioridad. La noción de que los enemigos de su raza o estirpe eran inferiores desde muchos puntos de vista les sirvió para sostener, o reforzar, su moral colectiva; para determinar también la existencia de uno o varios estadios culturales más atrasados en relación con el suyo propio. Para juzgar, en última instancia, que los bárbaros contemporáneos de ellos se hallaban desde el punto de vista cultural a un nivel parecido al de los griegos antiguos. Tucídides, en pleno siglo V, afirma que «los bárbaros» de su tiempo conservaban costumbres iguales a las de los antiguos griegos<sup>8</sup>. Lo que es lingüística y racialmente bárbaro y lo que no lo es, tanto como la idea del tránsito cultural de la «Barbarie» a la «Civilización», está, pues, marcado por él de modo suficiente. Otros autores, siguiendo las especulaciones sobre el tema, nos expresan la idea de la «regresión».

Porque al estado de Barbarie *se vuelve*, según opinión expresada por Plutarco en su vida de Pirro, refiriéndose a los descendientes de los primeros reyes del Epiro; de éstos, Tarrutas, tras la regresión referida, volvió a dar a sus súbditos una forma de vivir que calcó de la propia de los griegos<sup>9</sup>. Tiempos después, los romanos tomaron no sólo la noción de la existencia de pueblos bárbaros de los griegos, sino también la palabra, aunque tenían conciencia de

---

<sup>8</sup> Tucídides, I, 6.

<sup>9</sup> Plutarco, *Pirro*, 1. Recuérdese también la observación de Heródoto, I, 60, al hablar de Pisistrato, cuando le reprocha un acto de simplicidad, impropio de un griego: «Dado -dice- que desde hacía mucho el pueblo griego se había distinguido del *bárbaro*, mostrándose más sutil y desprendido de tanta inocencia.»

que los griegos mismos les consideraban a ellos como tales bárbaros<sup>10</sup>. La primera gran coyuntura histórica en que la noción de la existencia de los «*barbari*» se da al romano en forma amenazadora es bastante antigua. Puede colocarse en el momento en que Roma fue atacada por los galos (390 a. de J. C.). Pero cuando el concepto histórico-cultural se perfiló más fue al tiempo en que se desencadenaron las guerras púnicas; es decir, del año 264 a. de J. C., en que empieza la primera, al de 146, en que es destruida Cartago. Los cartagineses son para los romanos lo que los medos y persas para los griegos. Dentro de los «*barbari*», gentes poderosísimas y con un nivel cultural superior a otros «*barbari*», como los galos y los celtíberos. Creo que fue Cicerón el que contribuyó más que ningún otro autor romano a la divulgación de la palabra y del concepto de bárbaro («*barbarus*») y a que una serie de países y tierras fueran llamados después, de modo harto vago y genérico, «*Barbariae*»<sup>11</sup>. Fue también el que por razones filosóficas y jurídicas, que luego se examinan, hizo mayor énfasis en la diferencia de sangre existente entre bárbaros y no bárbaros. Pero de ello será cuestión de tratar más adelante, como he dicho. Lo que ahora hemos de examinar es lo que el año 154 a. de J. C. era Numancia, como ciudad-estado, frente a Roma; y de esta confrontación podemos sacar la consecuencia de que, si no en un esquema general –como el de Morgan y sus secuaces–, sí al menos en otro, válido para los pueblos de Europa Occidental, Numancia, al comenzar la guerra famosísima, estaba en un momento de tránsito entre lo que los griegos y romanos podían considerar como estado de *Barbarie* al de *Civilización*<sup>12</sup> y que Roma se hallaba en aquella coyuntura en que la *Civilización* comienza a corromperse, según los mismos que creen vivir dentro de ella. En otras ocasiones he procurado hacer ver cuán vieja es entre los griegos (y también acaso entre otros pueblos) la idea de que la vida ciudadana

---

<sup>10</sup> Así se desprende de un pasaje de Gicerón, *De re pub*, I, 37 («*Si ut Graeci dicunt omnis. aut Graios aut barbaros ...*»), y de otros autores latinos.

<sup>11</sup> La viejísima noción de «barbaria» frente a «humanidad» llega viva hasta el siglo XVI, y aún después, cuando autores europeos de distintos orígenes se resisten a creer que los indios y otros grupos humanos que se conocen por los nuevos descubrimientos sean seres humanos propiamente hablando: Wilhelm Mühlmann, *Methodik der Völkerkunde* (Stuttgart, 1928, págs. 18-19).

<sup>12</sup> La cultura de Numancia no corresponde al principio de la Edad del Hierro, en que Morgan colocaba el estadio superior de la fase de *Barbarie*, sino al final. Pero el hecho de que los arqueólogos españoles hablen siempre de un período «*posthallstático*» en relación con el centro de la península indica que la técnica celtibérica, en ciertos aspectos, era arcaizante o conservadora.

encierra, siempre, en sí, un elemento de corrupción moral<sup>13</sup>. Pero ahora hay que dar un paso más. Ahora hay que subrayar cómo, dentro de la Historia de Roma, se observa que, a medida que la vida de la ciudad se hace más compleja, desde el punto de vista político y económico, los romanos creen que la corrupción interna, en todos los órdenes, es mayor, y que ésta alcanza un punto crítico al comenzar la guerra de Numancia precisamente. No se considera hoy científico el hacer Historia moralizadora. Pero el historiador tiene perfecto derecho a especular sobre Historia de la Moral, dado que la ciencia de las costumbres posee su propia independencia y puesto que ninguna investigación social puede llevarse adelante sin analizar cuestiones morales. «¿Cuál es la Moral del momento?», ha de preguntarse el historiador al estudiar cualquier tema, y más en esta coyuntura, en que se planteó un problema moral gravísimo y en la que, como tantas otras veces en la Historia de los pueblos, se mezclan los intereses materiales con ideas sobre la propia superioridad cultural y virtud en todos los órdenes, de modo harto equívoco, y contradictorio

## V

Examinemos ahora algunos rasgos característicos de cada una de las dos ciudades beligerantes. Plinio el Viejo, siguiendo el testimonio de Calpurnio Pisón, dice —en efecto— que por los tiempos en que empezó el conflicto entre ellas, en Roma empezó también a perderse el sentimiento colectivo de «*pudicitia*»: el pudor en el más amplio sentido de la palabra<sup>14</sup>. No sería difícil encontrar otros muchos textos latinos en que se habla de la Roma anterior en términos admirativos y de la posterior de modo despectivo. Salustio nos brinda uno de los más famosos<sup>15</sup>. Otros escritores de los siglos I y II de J. C. insistirán.

Pero tras los tópicos retóricos fácil es ver que a mediados del siglo, en que cayeron Cartago y Numancia, Roma no sólo se hallaba dividida en dos bandos políticos irreconciliables, sino que, también como a menudo pasa, éstos posponían los intereses generales a sus negocios particulares o de grupo. Patricios y plebeyos, en pugna, llegan a comprometer el éxito de las guerras exteriores; concretamente el de la de Numancia. Además, dentro de la urbe, como en otras muchas grandes ciudades, se ha observado después en

---

<sup>13</sup> J. Caro Baroja, «La ciudad y el campo o una discusión sobre viejos lugares comunes», en *La ciudad y el campo* (Madrid, Barcelona, 1966), págs. 11-36.

<sup>14</sup> *N. H.*, 17, 244. Los textos sobre la guerra de Numancia (154-133 a. de J. C.), en Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae*, IV (Barcelona, 1937, págs. 3-95 y 255-308; traducciones). Este de Plinio, en la página 4 (25.5 de la traducción).

<sup>15</sup> Salustio, *Iug.*, 4 y 41.

coyunturas semejantes se dio, de repente, una crisis de cobardía colectiva, de pánico, ante el simple nombre de los celtíberos. Esto lo indica de modo clarísimo Polibio, refiriéndose a los hechos de los años 152-151; es decir, tras las noticias propaladas por las tropas de Quinto Opimio, y al creerse que Marcelo temía aquella guerra: «Tanto fue —dice— el terror que se apoderó de los jóvenes, que los viejos confesaron no haber visto nunca cosa igual»<sup>16</sup>. Se observó también maniobrar a los cónsules a favor de la gente de un partido, cometiendo arbitrariedades en la leva<sup>17</sup>. Se dio después el caso de que uno de ellos organizara sabiamente al ejército, pero que se dejara llevar por la avidez, cometiendo perfidias terribles, como las que realizó Lúculo con Cauca<sup>18</sup>. Sin embargo, las horas de vergüenza máxima llegaron después, ante Numancia sola, bajo el mando de Quinto Pompeyo, sucesor de Metelo, que había recibido una tropa disciplinada, pero que se desmoralizó por su acción desdichada (años 141-139 a. de J. C.), y, sobre todo, con Mancino (137-135)<sup>19</sup>. Los textos griegos son más abundantes que los romanos en noticias sobre las campañas afrentosas; lo que dicen los autores romanos antiguos refleja, en todo caso, más benevolencia con aquellos jefes incapaces<sup>20</sup>. Y los tardíos hablan de modo más objetivo e incluso con admiración hacia Numancia y los numantinos; así, por ejemplo, Floro<sup>21</sup>. Más tarde, el español Orosio<sup>22</sup>. De textos semejantes puede arrancar ya una interpretación de la guerra numantina en que los sitiados se

---

<sup>16</sup> Polibio, XXXV, 4, 4: ἐνέπεσέ τις πτοία τοῖς νέοις παράλογος, οἶαν οὐκ ἔφασαν οἱ πρεσβῦται γεγενημένην πρότερον. . He utilizado, para comprobar las citas de Schulten y leer los fragmentos en su contexto la edición de Polibio de W. R. Paton, VI (Londres, 1960, págs. 342351). (Schulten, *F. H. A.*, IV, págs. 22, 264); Paton, VI, pág. 348. De éste dependen otros textos.

<sup>17</sup> Las guerras en Iberia, Hispania o España constituyen el libro VI de la historia de Apiano. He manejado la edición de Horace White, I (Londres, 1964, páginas 140-301). Apiano, *Iber.*, IX, 49 (Schulten, *F. H. A.*, IV, pág. 23; 264. White, I, páginas 214, 216).

<sup>18</sup> Apiano, *Iber.*, 50-52 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 24-25; 265-266). White, I, páginas 216-221).

<sup>19</sup> Schulten, en *F. H. A.*, IV, págs. 38-45 (274-278) y 47-54 (279-284) recoge todos los textos sobre campañas tales.

<sup>20</sup> Así, Cicerón, cuando habla de Quinto Pompeyo y de Mancino, pone gran cuidado en defender su memoria: sobre los dos *De re publ.*, III, 28, y *De officiis*, III, 109 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 54; 284).

<sup>21</sup> I, 34, 16-17 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 89; 304-305). En la edición de E. S. Forster (Londres, 1966, págs. 154-155).

<sup>22</sup> V, 7, 2-18 (Schulten, *F.H.A.*, VI, págs. 90-01; 305-306).

conviertan en héroes<sup>23</sup> y los sitiadores aparezcan como hombres técnicamente superiores, pero nada más. Hombres que prosiguen sus propósitos dominadores, sin poder utilizar, como en otros tiempos, una idea general de Justicia y de Majestad que dignificara sus empresas, de modo absoluto, sin reservas. Por otra parte, dentro del marco de la Historia europea, acaso con la gesta de Numancia comienza la serie de guerras en las que el «civilizado» lleva casi toda la responsabilidad moral sobre sí, y el «bárbaro» queda, en última instancia, como víctima más virtuosa, o, por lo menos, sin culpa. La serie de guerra imperialistas también, en que la acción exterior se combina con acciones políticas interiores, cosa en la que tampoco Roma queda aislada, ni mucho menos, en la Historia de la Humanidad.

Es harto frecuente, en efecto, que los imperios más fuertes, sin contar más que con una parte de la opinión, inicien guerras contra estados de flacas apariencias, y que, al menos, los primeros episodios de ellas sean desastrosos para los imperios mismos. Es cosa repetida también la de que una campaña de colonización o de expansión mal llevada, o con momentos de franca derrota para el ejército invasor, devuelva a la metrópoli a los jefes derrotados y a sus tropas y que la impericia o mala suerte de unos y otras produzcan revoluciones interiores o un estado de anarquía militar.

La primera fase de la guerra de Yugurta, algo posterior a la de Numancia, nos indica qué grado alcanzó la corrupción de algunos políticos y jefes romanos, y las fases últimas ponen de manifiesto la repercusión de aquella guerra en las luchas entre patricios y plebeyos, que acabaron, al fin, con la República<sup>24</sup>. Pero, en todo caso, como los numantinos, el rey africano era también un *bárbaro* más, pese a su actuación brillante cuando el cerco de Numancia<sup>25</sup> y como bárbaros fueron tratados sus súbditos, los númidas. Bárbaros con razones suficientes para defenderse de un lado, civilizados desprovistos de ellas de otro. Jefes de tropas débiles, haciendo la guerra con pericia; generales de gran fama, desprestigiándose en ella. La historia se repite.

Churchill ha contado en el libro de memorias de sus primeras andanzas por el mundo la actuación de sir Redvers Buller en la fase primera de la guerra del Transvaal<sup>26</sup>. Esta puede considerarse como ilustrativa, como paralela a las

---

<sup>23</sup> Horacio, *Carm.*, II, 12, 5 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 86; 302), habla de la «fiera Numancia» («*longa ferae bella Numantiae*»), y Séneca, *Epist.*, VII, 4, 13 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 88; 303), de las «invictas manos» de los numantinos.

<sup>24</sup> Salustio, *Iug.*, 8, 15, 16, 27, etc.

<sup>25</sup> Salustio, *Iug.*, 7 y 8 (Schulten, *F. H. A.*, IV, págs. 85-86; 302).

<sup>26</sup> Winston S. Churchill, *A roving comission. My early life* (Nueva York, 1940, páginas 229-238, especialmente).

de algunos generales romanos en las guerras celtibéricas y en otras, en que al desmedido orgullo sigue la franca humillación de la potencia imperial.

## VI

Porque frente a una Roma acostumbrada ya a grandes triunfos, y que aun había de contar con siglos de aumento y expansión territorial (hasta la época de Trajano), nos encontramos a una ciudad, capital de un pequeño grupo étnico, el de los arévacos, que formaba parte con otros dos disidentes y aliados de los romanos (el de los belos y los titos) de la agrupación mayor de los celtíberos<sup>27</sup>, y que no pudo poner en pie de guerra arriba de ocho mil hombres (y esto parece hipérbole)<sup>28</sup>; una ciudad en que empezaba a usarse la escritura silábica de origen ibérico, para escribir toscas y cortas inscripciones en un idioma de aspecto céltico<sup>29</sup>; con un arte plástico muy esquemático y pobre, al lado del de los iberos mismos<sup>30</sup>; con una organización gentilicia insuficiente para llevar adelante empresas mayores, porque no permitía grandes confederaciones, dado que entre «gens» y «gens» vecina existían viejas rencillas, que los romanos ya habían aprovechado para extender su dominio, como lo han hecho luego otras potencias en trance similar<sup>31</sup>. El senado, las autoridades y los legados de

---

<sup>27</sup> Polibio, XXXV, 2, 1-4 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 18-20; 261-262); Paton, VI, págs. 342-344. La ciudad excavada, no hay que olvidarlo, ha tenido vida hasta la época imperial. Sobre esto, véase J. Maluquer de Motes, «Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta», en *Primer symposium de Prehistoria de la Península Ibérica. Septiembre, 1959* (Pamplona, 1960, pág. 126). En este mismo volumen, F. Watenberg, «Los problemas de la cultura celtibérica», páginas 151-177.

<sup>28</sup> Veleyo Patérculo, II, 1, 3 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 44; 277), habla de diez mil. Pero Apiano, 76, da ocho mil (Schulten, *id.*, pág. 32; 270). De éstos serían cuatro mil los combatientes, según Floro, I, 34, 2 (*idem id.*, pág. 33; 270). Forster, pág. 150.

<sup>29</sup> Sobre este idioma ha escrito bastante Antonio Tovar, y yo mismo, en 1943, inicié algunas investigaciones, que no he seguido. La lengua celtibérica se usa en inscripciones escritas en caracteres ibéricos y también en caracteres latinos. Véase, por ejemplo, el estudio de Tovar, «La inscripción grande de Peñalva de Villastar y la lengua celtibérica», en *Ampurias*, XVII-XVIII (Barcelona, 1955-56, págs. 159-168), sobre una en alfabeto latino.

<sup>30</sup> La única superioridad técnica celtibérica se halla en las armas de hierro, según lo atestigua Polibio, fragm. 95 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 4-5; 255): espadas, puñales...

<sup>31</sup> Polibio, XXXV, 2, 3-5 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 18-19; 261-262). Paton, VI, página 344), habla de disentimiento entre grupos gentilicios de modo ilustrativo. Y sobre esto hay que hacer una observación teórica. Dijo A. R. Radcliffe Brown (*Some problems of Bantu Sociology*, *Bantu Studies*, octubre 1922, págs. 40-41, citado por Leslie A. White en *The science of Culture*, pág. 241), que hay que convenir con Morgan en que el paso de «formas bajas de civilización» a otras altas, «como las nuestras...», fue, esencialmente, el paso de una sociedad basada en el parentesco al Estado basado en una organización política... Pero el paso ha sido mucho más



Numancia parecen haber procedido, sin embargo, siempre, con lealtad<sup>32</sup>. Sus «príncipes», es decir, los hombres más distinguidos de la ciudad, también<sup>33</sup>. Existe toda una serie de anécdotas que pintan a los numantinos como a hombres orgullosos, sí, pero caballerosos y nunca movidos por sentimientos de miedo a perder el prestigio (como les ocurrió a Nobilior y Marcelo), de puro temor físico (como le pasó a Pompeyo) o de rapacidad (cual sucedió con Lúculo)<sup>34</sup>. Son hombres sencillos, bárbaros se diría, con arreglo a la clasificación famosa y equívoca.

Porque ahí está el quid. Ahí está también la raíz de una vieja apreciación de los hechos, que va en contra de otras más modernas: una apreciación de los hechos según la cual el *bárbaro* es un ser extraño e *inferior en todo*, al que no hay que considerar, frente a otra que nos hace ver sus virtudes, su hombría de bien, si se le compara con él civilizado o supercivilizado, crapuloso e indigno, que se da en la propia sociedad con demasía. El primer punto de vista es el de Cicerón en las postrimerías de la República. El segundo será el de Tácito en pleno Imperio y cuando se lanza a escribir su *Germania* famosa, para ejemplo y vergüenza de sus compatriotas. Hoy, al cumplirse un aniversario de la destrucción de Numancia, después de tantas experiencias, después de cosechar el fruto de investigaciones pacientísimas, que nos permiten comparar aquel acto con otros, no sólo llevados a cabo por los romanos mismos, sino también con los ocurridos en el devenir de otros imperios, podemos llegar a establecer ciertas conclusiones generales. Vemos, así, que, a lo largo de los siglos, las guerras entre pueblos que se consideran y son técnicamente más civilizados y los que lo son menos, ofrecen raras similitudes. Observamos, con claridad, las relaciones permanentes entre las luchas de los partidos políticos y las políticas expansionistas de distintos estados; el nexo de estas políticas con los intereses de clase...

Si somos más aficionados a la Historia de la Cultura que a la de los conflictos bélicos o políticos, podremos también llegar a la consecuencia general de que Roma triunfó porque era muy superior desde un punto de vista técnico, frente a un enemigo en estadio cultural inferior. *Civilización y Barbarie* tendrán, en este caso, el sentido de niveles y fases culturales, al modo

---

matizado de lo que expresan los esquemas, y el caso de Numancia es distinto a otros.

<sup>32</sup> Sobre los magistrados de Numancia, véase, por ejemplo, Plutarco, *Tiberio Graco*, 5-6 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 47-48; 279-280). Sobre los legados, Polibio, XXXV, 2, 1 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 18-19; 261-262); Paton, VI, página 342.

<sup>33</sup> Apiano, XV, 93 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 79-80; 298-299); White, I, página 286.

<sup>34</sup> Apiano, XV, 95-97 (Schulten, *F.H.A.*, IV, págs. 81-8; 299-300) ; White, I, páginas 289-293, episodio final en que actúa Avaro.

morganiano u otro más concreto y ajustado a las ideas que podían poseer los antiguos, para los cuales, dentro de los bárbaros, había sensibles diferencias, no sólo de lengua o de aspecto físico, sino también de cultura y de riqueza. La posesión de mucho oro era—por ejemplo—la única superioridad que concedían los griegos a los persas, súbditos de Ciro<sup>35</sup>.

Hubo, pues, desde el punto de vista de la potencia, los bárbaros obedientes al gran rey y los obedientes a la gran talasocracia: medos y persas de un lado, cartagineses de otro. La fuerza de los primeros se halla expresada en la tragedia esquiléa, en Heródoto, en las vidas de los generales atenienses, como Temístocles, o espartanos, como Lisandro. La de los segundos, en la Historia romana. Otra categoría de bárbaros serán los invasores, al estilo de los galos del año 390 a. de J. C., o los cimbrós y teutones de las guerras de 113 a 101, que dieron su gloria mayor a Mario, o los de siglos después, que terminaron con el Imperio. Los bárbaros de Oriente, en lucha con los griegos, llevaban tras sí siglos de cultura elevada; pero, en cierto modo, de paralización. Los del Centro o Norte de Europa, posteriores en su acción, no habían alcanzado aquel nivel. Empiezan a alcanzar otro distinto cuando se asientan en Occidente y forman ciudades-estados y confederaciones. Pero para los griegos y romanos que hablan de todos ellos, la existencia de los bárbaros constituía un hecho vital, con un alcance jurídico y político que no permite largas especulaciones.

## VII

Examinemos ahora la razón fundamental que se dio para la destrucción de Numancia y busquemos luego la raíz del pensamiento romano en este orden. Cicerón nos dice y repite que la guerra celtibérica, concretamente la sostenida contra los numantinos, fue una guerra de exterminio. Alude a ella en dos pasajes de su tratado *Los oficios*. En el capítulo oncenso del libro primero hace distinción entre las guerras con los enemigos de Roma que no se comportaron como crueles y fieros («crudeles» e «immanes») y las que se entablaron con los que tuvieron comportamiento no ya bárbaro, sino salvaje. Con los tusculanos, aequos, volseos, sabinos y hérnicos —dice—, los romanos vencedores fueron benévolos, humanos, por observar esta distinción. Aceptemos ahora que así fue, aunque mucho habría que decir de esta «humanidad»<sup>36</sup>. Pero a continuación

---

<sup>35</sup> Plutarco, *Lisandro*, 7.21.

<sup>36</sup> Recuérdese la contestación de Brenno a los tres hermanos Fabios: Plutarco, *Camilo*, 18.

añade el abogado y orador por excelencia que a Cartago y a Numancia las arrasaron por entero»<sup>37</sup>: «*At Carthaginem et Numantiani funditus sustulerunt*».

Ya es cosa grande que Numancia sea comparada con Cartago. Pero en ello Cicerón reincide al decir que el Africano «*duos terrores huius imperii, Carthaginem Numantiamque, deleverat*»<sup>38</sup>. Ahora bien, Cartago constituía una potentísima talasocracia, que había estado a punto de aniquilar a Roma misma; Numancia era una ciudad... «bárbara e insignificante», según el testimonio de Apiano, que parece seguir, casi siempre, a Polibio, testigo de mayor excepción: τοςόςδε ἔρωσ ἐλευθερίας καὶ ἀνδραγαθίας ἦν ἐν πόλει ἀρβάρῳ τε καὶ σμικρῶ.<sup>39</sup>

Mas sigamos con el comentario de Cicerón. En el libro primero mismo de *Los oficios*, y en el capítulo doce, vuelve a insistir sobre la razón del exterminio de Numancia, pero a añadiendo algo más, para perfilar su punto de vista. «Lucharon los romanos —dice ahora— con los latinos, samnitas y sabinos, con los cartagineses y con Pirro, *por el Imperio, sólo por el Imperio*». Pero con los celtíberos y los cimbro «se hacía la guerra como con enemigos, donde se trataba no de quién había de imperar, sino de quién había de subsistir»<sup>40</sup>. Algo parecido dicen otros autores refiriéndose a los galos en general. Salustio, por ejemplo, afirma que los romanos no combatieron con las gentes antiguas de esta estirpe para ganar gloria, sino para conservar la libertad y la vida<sup>41</sup>. Ahora bien, los galos habían llegado a Roma, en formidables masas, produciendo el terror. Los celtíberos vivían en tierras lejanas, y Numancia era la capital de un territorio pequeño, rodeada de bosques y un tanto a trasmano, con una

---

<sup>37</sup> *De officiis*, I, 11, 35. La traducción de don Manuel Valbuena, *Obras completas de Marco Tulio Cicerón*, IV (Madrid, 1914, pág. 24), da «bárbaros» por «immanes», como otras francesas, etc. El texto latino corre así: «*Quare suscipienda quidem bella sunt ob eam causam ut sine iniuria in pace vivatur; parva autem victoria, conservandi ii qui non crudeles in bello, non immanes fuerunt, ut maiores nostri Tusculanos, Aequos, Volscos, Sabinos, Hernicos in civitatem etiam acceperunt, at Carthaginem et Numantiam funditus sustulerunt*» (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 85; 301), da sólo la referencia estricta a Numancia; pero lo interesante ahora es el texto entero. Acaso Cicerón estuviera tan influido por la lectura de oradores y políticos griegos posteriores a Platón, como por Platón mismo; pienso, así, en Isócrates y Demóstenes, que tienen una cantidad considerable de pasajes parecidos en este orden acerca de la guerra con los bárbaros (G. Th. Schwarz, *Philosophisches Lexikon zur Griechischen Literatur*, Munich, 1956, pág. 18; s. v. Barbar).

<sup>38</sup> *Pro Murena*, 58; 28 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 85; 301).

<sup>39</sup> Apiano, *Iber.* XV, 97 (*F.H.A.*, IV, pág. 81; 300); White, I, pág. 290.

<sup>40</sup> *De off.*, I, 12 (38), traducción cit., págs. 26-27.

<sup>41</sup> *Iug.*, 114.23.

economía muy pobre, al parecer<sup>42</sup>. Así, hay que convenir en, que cuando los romanos tuvieron una idea tan terrible de los numantinos como para que en tiempos alejados ya de la contienda, un conocedor de la historia de su patria, cual lo era Cicerón, insistiera en lo indicado, es que Numancia hizo la guerra genialmente. Y esto, pese al mismo testimonio o punto de vista ciceroniano, que podría parecer sofisticado examinado de lejos, pero que arranca de dos sentimientos encontrados: el de un miedo extremado, por una parte, y de otra la noción de la propia superioridad que tenían, dentro de su esfera, los griegos de un lado y los romanos de otro. «La Naturaleza ha querido que bárbaro y esclavo fueran una misma cosa», dijo nada menos que Aristóteles al comienzo de la *Política*<sup>43</sup> y Eurípides proclama: «Sí, el griego tiene derecho a mandar al bárbaro»<sup>44</sup>. La guerra de Numancia fue, según Cicerón mismo, una guerra en que no entró por medio la disputa, sino sólo la fuerza o violencia. Y advierte, antes, que la primera clase de guerra (la de disputa, «*disceptatio*») es propia de los hombres y la segunda de las fieras, y que ha de recurrirse a la segunda cuando no se puede usar de la primera<sup>45</sup>. Es decir, que la idea de la guerra total, que parece cosa modernamente elaborada, es vieja: vieja no sólo para los guerreros, sino también en las conciencias de hombres de leyes, e incluso de filósofos, como vamos a recordar a continuación.

## VIII

Porque para ningún humanista será un secreto, me figuro yo ahora que el pensamiento de Cicerón antes expuesto arranca de otro, que pone Platón en boca de Sócrates en el libro quinto de la *República*, según el cual hay que

---

<sup>42</sup> Apiano, 76: ἦν δ' ἡ Νομαντία ποταμοῖς δύο καὶ φάραγξιν ἀπόκρημνος, ὕλαί τε αὐτῇ πυκναὶ περιέκειντο, καὶ μία κάθοδος ἦν ἐς τὸ πεδῖον... (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 32; 270); White, I, pág. 256. Hubieron de ser los numantinos esencialmente pastores, aunque cultivaban algunos cereales. Importancia considerable en paz y guerra tenía, entre ellos, lo mismo que entre otros celtíberos e iberos, el caballo. Desde el punto de vista estrictamente económico, también podría incluirseles en un estadio de «Barbarie» ya superior, en conexión con algunos que fijaron o determinaron los antiguos. Recuérdese el esquema del cambio económico que daba Dicaarco para la Grecia antigua: del pastoreo a la agricultura (Varrón, *Rerum, rusticarum*, I, 2, 16). Esquema que se considera, en otra ocasión, como válido para toda la Humanidad, señalándose primero el grado «natural», cuando el hombre vivía de los frutos que produce naturalmente la tierra. Después, el grado pastoril, y después el agrícola (Varrón *Rerum, rusticarum*, II, 1, 3-5).

<sup>43</sup> *Pol.*, I, II, 4 (1252, b).

<sup>44</sup> *Ifigenia*, 1400, citado por Aristóteles mismo.

<sup>45</sup> *De off.*, I, 11 (34); traducción cit., págs. 23-24.

distinguir entre lo que es estrictamente «guerra» (πόλεμος dice el texto griego) y lo que es «discordia» (στᾶσις). Entre los griegos —dice el filósofo— no debe haber más que «discordias», porque se hallan unidos por lazos de sangre y antiguos pactos de amistad. La sedición, la lucha entre ellos, debe terminar con medidas prudentes de los vencedores: éstos no han de sacar de los vencidos más que las cosechas del año y buscarán luego la reconciliación. Otro es el caso con los «bárbaros», porque, para los griegos, son extranjeros y de otra familia. Con ellos sí habrá, pues, posibilidad de guerra, y esta guerra traerá la devastación, el incendio, todos los males que puedan imaginarse: bárbaros y griegos, en fin, son enemigos por naturaleza (... καὶ πολέμους φύσει εἶναι ...)<sup>46</sup>.

Heredaron los romanos, sin duda, una idea semejante a la que Sócrates expone en el texto de su discípulo mayor y, según Cicerón, la aplicaron de modo tajante con numantinos y cartagineses. Los viejos pueblos itálicos serían para ellos parientes y amigos en discordia. Los celtíberos no eran parientes y, por lo tanto, fueron considerados como bárbaros, enemigos en guerra: en guerra de exterminio. Dejando ahora a un lado el valor que pueda tener la distinción entre guerra y discordia desde el punto de vista jurídico y filosófico, hay que reconocer que obedece a sentimientos profundos y arraigados, a una idea robusta de la unidad respectiva de los pueblos helénicos o itálicos: unidad de sangre. Por otro lado, en tiempos de Cicerón, cuando las luchas civiles habían deshecho ya en gran parte las bases de la República romana, hubo de existir más conciencia que nunca de que las violencias llevadas adelante con gentes afines eran más monstruosas que las que pudieran desarrollarse frente a los bárbaros. Pero hay que convenir en dos cosas más. La primera será que las guerras celtibéricas abundan en perfidias y crueldades; pero que las más sonadas las cometieron los romanos, no los celtíberos. La segunda, que, aparte de la falta de respeto humano que pudiera experimentar el romano o el griego culto antes por el bárbaro en general, hubo en esta ocasión motivos poderosos para que el general de Roma se sintiera tan herido en su orgullo, que llegó a tomar las medidas finales de exterminio por su propia cuenta, las cuales, aunque consideradas justas por Cicerón y por otros políticos e historiadores de su misma tendencia, dieron fama inmortal a los vencidos, de suerte que ya autores romanos más tardíos, como Floro, exclaman: «*Macte fortissimam et meo iudicio beatissimam in ipsis malis civitatem!*»<sup>47</sup>.

---

<sup>46</sup> Platón, *Rep.*, V (3), 16 (470, A-C).

<sup>47</sup> Floro, I, 34, 16 (F. H. A., IV, pág. 89; 304); Forster, pág. 154.

IX

El bárbaro, para el griego del siglo V, no era, hasta cierto punto, un hombre. Sócrates habla de él fríamente. Tucídides hace hincapié en la distinción fundamental entre él y el griego; el bárbaro, para el gran historiador, es además-corno se ha dicho-un superviviente que se parece en sus costumbres a los griegos de otros tiempos<sup>48</sup>. Cicerón, mucho después, cree que hay que exterminarlo, si llega el caso; ni más ni menos. Y con arreglo a este criterio actuaron casi todos los generales anteriores a su época y los de la suya, incluso su medio enemigo César.

Ante los muros de Numancia, el jefe que se llevó la gloria de la larga campaña, Escipión Emiliano (185-129), discurre con el historiador de la misma, Rutilio, sobre temas físico-naturales y físico-mecánicos, o al menos así nos lo presenta también Cicerón en otro texto famoso<sup>49</sup>. Y este general filósofo y amigo de filósofos termina una guerra, vergonzosa en parte para Roma, arrasando la ciudad resistente bajo su propia responsabilidad<sup>50</sup>. Esto podría hacerse también hoy, pero el jefe militar que lo hiciera no pasaría por ser una especie de intelectual de alta calidad, como lo fue el destructor de Cartago y de nuestra Numancia a ojos de los romanos de generaciones posteriores. Mas quitémonos ahora el alto coturno y metámonos en las callejuelas de Roma misma durante la larga campaña del cerco. Un amigo del mismo general victorioso nos dirá que episodios bélicos similares eran interpretados de modos peregrinos en las conversaciones de las barberías<sup>51</sup>, por lo cual se ve que los barberos siempre han sentado plaza de hombres «repúblicos y de gobierno», utilizando una expresión quevedesca. Hemos hablado hasta ahora de nuestras posibles interpretaciones de la guerra de Numancia como historiadores actuales. Hemos analizado después la del máximo intelectual romano del bando republicano-aristocrático en su fase final de existencia. Nada más lejano habrá a un punto de vista posible hoy día para un intelectual que el de aquél. Nos gustaría conocer, ahora, la opinión de los barberos a que alude Polibio. Pero, por desgracia, no nos queda lo que el historiador profundo y talentado escribió sobre la guerra. Sólo poseemos, seguido, el texto de Apiano, que se inspiró en

---

<sup>48</sup> Véase la nota 8. El mismo Tito Livio, XL, 47, hace hablar a los legados de una ciudad celtibérica con «antigua simplicidad» (*Sermo antiquae simplicitatis*) (Schulten, *F.H.A.*, III, Barcelona, 1935, pág. 218; 371); es decir, como lo hubieran hecho los antepasados de los romanos mismos.

<sup>49</sup> Rep., I, 17 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 84; 301).

<sup>50</sup> Esto dice Apiano, XV, 98 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 83; 300); White, I, página 294.

<sup>51</sup> Polibio, III, 20, 5; Paton, II, pág. 48.

él, pero que carece de la riqueza de observaciones que contienen los escritos que quedan del gran megalopolitano.

De una forma u otra advertimos que la interpretación de la guerra como un conflicto en el que el más civilizado lleva las de ganar por razones técnicas, no morales, y en el que el bárbaro pierde, pese a su valor, se halla relacionada de modo harto complejo con la que hace que el mismo bárbaro sea despreciado tanto por su bajo nivel cultural como por ser de otra sangre. Polibio mismo, a pesar de que no oculta la admiración que le producían las hazañas, heroicidades y penalidades de los numantinos, les llama fieras (θηρικοί)<sup>52</sup> y con cierta incongruencia en este caso, pone por los cuernos de la luna a quien los venció. No es gran mérito vencer a fieras con armas potentes. Pero la verdad es que los numantinos no eran fieras, sino hombres con una moral que los romanos habían abandonado, ya que no olvidado: la moral gentilicia, la de los jefes caballerescos, la de los senados compuestos por ancianos sin doblez, la de las mujeres fieles hasta la muerte. Frente a estas gentes, Escipión Emiliano se encontró al mando de un ejército rodeado de prostitutas, alcahuetes, mercaderes, adivinos, sacrificadores y echacuervos de todas clases y compuesto de soldados dados a la elegancia, a la molicie, a refinamientos impropios de las duras campañas<sup>53</sup>.

En otras palabras, se encontró, de un lado, ante la moral bárbara, y del otro, con la moral civilizada o con un aspecto de la moral civilizada, no la que dio a Roma sus grandes hombres, sino la que produjo aquella caterva de cónsules, procónsules, pretores, propretos, generales, gobernadores y senadores, que se distinguieron por su rapacidad, sensualidad y perfidia; la que terminó produciendo los céesares de Suetonio, los personajes del «Satiricón» y los lamentos de Tácito. La que nos hace meditar todavía sobre si será cierta la vieja creencia de que la vida urbana contiene siempre elementos nocivos para el desarrollo de una moral superior. El mismo Escipión, al hablar de algún jefe romano de su época, lo pintó como personaje de fábulas milesias... Y, en todo caso, llega un momento en el que un historiador romano, L. A. Floro, nos dirá que la gesta de Numancia fue el timbre más alto de Hispania: «*summum Hispaniae decus*»<sup>54</sup>.

---

<sup>52</sup> Apiano, XV, 97 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 82; 300); White, I, pág. 292.

<sup>53</sup> Los textos más explícitos son los de Apiano, XIV, 85 (Schulten, *F.H.A.* IV, página 63; 289-290); White, I, pág. 273, y Plutarco, *Apopht, regum*, 16 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 64; 290).

<sup>54</sup> Floro, I, 34, 1 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 33; 270); Forster, pág. 150. Y esto es lo que dijo el Africano de Sulpicio Galba, según Aulo Gelio, *Noct. att.* VI, 12, 5: *Nam qui cotidie unguentatus adversum speculum ornetur, cuius supercilia radantur, qui barba vulsa feminibusque subvulsis ambulet, qui in conviviis adulescentulus cum amatore, qui non modo*

X

No faltarán hoy varones con autoridad que, autoritariamente además, nos dirán que esta «Hispania» de Floro no es la España actual ni tampoco la del siglo XVI, cosa de la que yo, personalmente, no he dudado nunca. Pero si la Humanidad se va formando, en conjunto, a sí misma, y para ello escoge unos modelos y rechaza otros, también las naciones-con mayores elementos para ello-, en su tarea de formación y ajuste, llevan a cabo esta clase de selecciones. Se registra, desde muy antiguo, la noción de que existe una parte de Europa que se llamó Iberia o Hispania. Los primeros que la describieron encontraron dentro de ella pueblos de distintas estirpes, con lenguas diferentes, con culturas de diverso aspecto y nivel. Todo esto lo ha comprobado la investigación moderna. Pero Hispania era ya una entidad geográfica clara para los romanos que inician su conquista el año 218 a. de J. C., y los «*hispani*», en general (no estas o aquellas gentes), aparecen en seguida en sus anales. La herencia hispánica nos ha llegado hasta hoy, en lo bueno y en lo malo que pueda tener. La guerra de Numancia es, así, una gesta nuestra, como lo fue ya para Miguel de Cervantes, cuando compuso su hermosa tragedia; una gesta que producía ira terrible contra los romanos al abate Masdeu, el catalán más «hispánico» que cabe imaginar y al que, por cierto, se debe una exposición de las pugnas de Roma en Hispania, que hay que consultar menos furtivamente y alabar más de lo que se hace<sup>55</sup>. Y no fue éste el único español de su época que manifestó gran inquina contra los romanos, autores de aquélla y de otras muchas destrucciones. Un escritor poco conocido, pero no exento de talento, que les negaba todo sentido económico, que no les concedía más que puro genio militar, unido a muchos vicios, al aludir a las guerras de exterminio contra los numantinos, cántabros y astures, termina afirmando que «los romanos ejercían la bárbara política de

---

*vinosus, sed virosus quoque sit, eumne quisquam dubitet, quin idem fecerit quod cinaedi facere solent?*

<sup>55</sup> Advertiré, sin embargo, que don Pedro Bosch Gimpera y don Pedro Aguado Bleye, al escribir la parte relativa a «La conquista de España por Roma», en la *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, II (Madrid, 1935), págs. 1-283; la 35, sobre todo, ya rindieron el homenaje debido a la *Historia crítica de España y de la cultura española* de Masdeu, IV (Madrid, 1787, páginas 259-386). Masdeu da como lema al tomo en que estudia las guerras de Roma en la península un texto de Veleyo Patérculo (II, 90), en que aquel historiador especula sobre la existencia de dos naciones que, en un tiempo, podían disputarse el imperio: la romana y la hispana. Acaso sean los romanos los que acuñaron una primera idea de «unidad» o entidad.



Machiavelo, o, por mejor decir, Machiavelo modeló la suya por el ejemplo de los romanos ... »<sup>56</sup>. Ahora, los bárbaros son otros.

Considero yo, en suma, señoras y señores, que cada hecho histórico sirve de ejemplo o ilustración para desarrollar muchos pensamientos y sentimientos. La guerra de Numancia con Roma puede servir a un historiador de la Cultura moderna para ilustrar varios aspectos de la teoría de los estadios culturales, sea en un sentido evolutivo general, sea en otros históricos más concretos. A un político romano le valió para justificar una tesis sobre las relaciones de los pueblos bárbaros con respecto al suyo propio, siguiendo pensamientos de origen griego. Pero existe en esta tierra y nación nuestra, desde antiguo, otra posición, patriótica y emotiva, que es la que hizo que a un barco de guerra (que alcanzó fama singular entre nuestros padres y abuelos) se le llamara Numancia, y que justifica el nombre de un regimiento. No creo que hayamos de echar en saco roto el ejemplo tremendo de Numancia luchando años y años por su libertad<sup>57</sup>. No creo que aquella «guerra de fuego» (πύρινος πόλεμος) como la llama Polibio<sup>58</sup> por razones técnicas (que de seguro habrán dado ocasión a comentarios de tácticos y estrategias, que son ajenos a mi oficio), pueda dejar de conmemorarla el pueblo español, mientras tenga nombre de tal, y considerándola algo muy suyo. Terminó Cervantes su tragedia con la aparición de un personaje alegórico, «La Fama», que anuncia la gloria futura de España..., y durante la primera mitad del siglo XIX corrió por el mundo la noticia de que los defensores de Zaragoza contra las tropas napoleónicas tomaron modelo y ejemplo a seguir, asistiendo a la representación de la *Numancia* de Cervantes<sup>59</sup>. Si esto es cierto o no, ahora es lo de menos. Lo importante es que surgiera la idea de que había ocurrido. Y lo que podemos creer, con toda fe, es que también para los asediados por Escipión Emiliano hubieran sonado bien aquellos versos castellanos que Cervantes puso en labios femeniles:

---

<sup>56</sup> Antonio Zacarías de Malcorra y Azanza, *Del comercio de los romanos desde la primera guerra de Cartago hasta Constantino el Magno* (Valencia, 1798, pág. 43). Diodoro, XXXIII, 16, habla de una reacción en defensa de la libertad, ya al tiempo de la «paz de Pompeyo» (Schulten, *F.H.A.*, págs. 43-44; 277).

<sup>57</sup> Diodoro, XXXIII, 16, habla de una reacción de defensa de la libertad, ya al tiempo de la «paz de Pompeyo» (Schulten, *F.H.A.*, págs. 443-44; 277).

<sup>58</sup> XXXV, 1, 1 (Schulten, *F.H.A.*, IV, pág. 5; 2.53.5); Paton, VI, pág. 342, y Diodoro, XXXI, 40 (ídem íd., pág. 6; 256).

<sup>59</sup> Así lo indica J. C. L. Sinionde de Sismondi, *De la littérature du midi de l' Europe*, tercera edición, III (París, 1829, pág. 402). La primera edición es de mucho antes (1811), De aquí corrió la especie.

«Oh muros desta ciudad!  
Si podéis, hablad, decid,  
y mil veces repetid:  
“!Numantinos, libertad!”<sup>60</sup>»



HEROICO FIN DE NUMANCIA  
(Estampa de una *Historia de España*, del siglo XIX)

---

<sup>60</sup>Obras completas de Miguel de Cervantes Saavedra. Edición de la Real Academia Española, VII (Madrid, 1923, pág. 165, jornada III, escena VI). Los versos que pone en boca de la Fama, a las págs. 204-205. Menos reputación ha tenido siempre, claro es, el poema *La Numantina*, del licenciado don Francisco Mosquera de Barnuevo, dirigido a la «nobillísima ciudad de Soria y a sus doce linages y casas a ellos agregadas» (Sevilla, 1612). Véase George Ticknor, *History of Spanish Literature*, II (Londres, 1855, págs. 464-465). Poca también la *Numancia destruida*, de Ayala, representada en Madrid en 1775 (Ticknor op. cit., III; Londres, 1855, pág. 298). El punto de vista que adoptó Cervantes ante la guerra de Numancia, considerándola como una «guerra española», fue también adoptado por Mariana (*Historia de España*, libro III, caps. I-II, VI-VIII; Obras del padre Juan de Mariana, I (B. A. E., XXX, págs. 59 a 62, b; 66 a - 71 a).